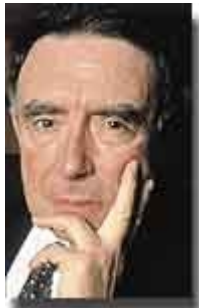


miércoles 3 de abril de 2002

## LA RAZÓN

### Nieva

**Luis María ANSON**  
de la Real Academia Española



Si alguien me preguntara quién es hoy el máximo representante de la cultura española no vacilaría en responder: Nieva. Ya sé que están ahí Delibes, Tàpies, Antonio López, Chillida, Hierro, Calatrava, Plácido Domingo... Pero Paco Nieva es el dramaturgo, el pianista, el actor, el compositor, el novelista, el poeta, el escenógrafo, el académico, el bailarín, el pintor, el delirio, la irrealidad, la denuncia de la España oscurantista y macabra, Quevedo al hombro, ceniza enamorada, fuego ensordecedor, fiesta permanente del idioma, la orgía de la palabra, la apoteosis de la máscara, el aquelarre y la noche roja de Nosferatu con tembladera virginal. Francisco Nieva es el hombre-arte, el hombre-teatro, el hombre-poesía, el hombre-novela, el hombre-niño.

He aprovechado la calma de los pasados días de Semana Santa para leer *Las cosas como fueron*, las memorias urbi et orbi del escritor. La sinceridad sin aspavientos de este libro estremece. El autor ha puesto un espejo delante de su alma y lo cuenta todo, desde los años adolescentes y el reclamo inacabable de Carola y el sexo, hasta el triunfo social y literario. Los pasajes más escabrosos de su vida lo son para los demás, no para él. «No tengo el menor empacho en decir - escribe- que para un escritor o un artista -o un artista-escritor- la bisexualidad aporta algo valioso en el plano moral. No es difícil rastrear la bisexualidad en cantidad de escritores, en Flaubert, en Verlaine, en Tolstoi y en tantos más, hasta en nuestro Cervantes».

Ciudadano del mundo, Francisco Nieva nutre su cultura universal en los círculos de vanguardia de los grandes países europeos, época dorada de entreguerras. Conoce a todos los que cuentan. Su capacidad para el contacto con los grandes, con los provocadores, con los hombres y mujeres que definen el siglo XX, es un fulgor. Ahora se comprende bien por qué Nieva grita en los poemas de la consumación de Vicente Aleixandre; por qué se abraza a la muerte que tiembla asustada en los sonetos de Shakespeare, más allá de Raúl y sus felaciones, de

Francesco y sus indecisiones. Nieva, Paco Nieva, se expresa fugazmente en el país imaginario de El viaje a Pantaélica; se desnuda en el gabinete campestre de la tía Leda; se hace palabra desolada en La llama vestida de negro, plomo candente en la carroza insólita, combate de Ópalos y Tasia. Nieva supera a Artaud, a Beckett, a Arrabal, a Genet, a Adamov, a Ionesco. Retorna como Proust al tiempo perdido en Carne de murciélago, con aquel pasaje inolvidable del jamón de Noruega, o se casa con Genevieve Escande por el rito protestante para escandalizar a la beatería franquista.

Nieva agoniza a veces entre la inundación del estiércol, cuando la prostituta azul se convierte en lóbrega puta, que bebe las estrellas y después las escupe. El escritor clama en Pelo de tormenta; se hace surrealista en los viejos tiempos de Rixes y Cobra, resucitados hoy en los videoclips; se conmueve con el glamour del mundo gay de Nueva York antes del sida, pero besa a la extraña Lowel, «una criatura en porcelana y de tamaño natural». Tras los cabellos de oro de los dioses paganos, Nieva se desorbita del brazo de Breton o se encabrita en el Marat-Sade de Weiss, en El zapato de raso de Claudel, en Tirante el Blanco, en Corazón de arpía, El baile de los ardientes, Delirio del amor hostil, Coronada y el toro.

Una paloma blanca va por la nieve, quiere levantarse, pero no puede, quiere levantarse, ir por la nieve pero no puede, pero no puede. Paco Nieva, en el temblor lírico de Alberti, es el cordero que se disfraza desesperadamente con piel de lobo pero no puede hacerse malvado, no puede. Bosteza por el aburrimiento del otro. Pinta los figurines de la Cinderella de Prokofiev y Felsenstein. Se apasiona con la piel sedosa y agresiva de los cuerpos altivos, con los viajes iniciáticos de la vida y de la muerte. Se hace sombra chinesca en el Accatone de Pasolini. Crea, en fin, la fiesta ritual de Nosferatu, en la que el coro es intérprete y desarrolla el agón, el epirrema, la mimesis, la katarsis, el deus ex machina.

«Fabuloso furor sin tregua», Nieva se sumerge en la «ceremonia ilegal», en el «crimen gustoso e impune», en la «tentación siempre renovada» que es el teatro, su aquelarre orgiástico y su martirio. Los viejos tiempos de las contessinas en albornoz y los príncipes vestidos de alpaca, en una Venecia que ya no volverá, han dejado en la escritura de Nieva una huella fugitiva que todavía se puede rastrear. En medio del túnel, el autor ha encendido una luz propia que fractura el silencio de Dios. Su inteligencia sigue cabalgando a galope tendido pero la palabra se le ha sosegado para combatir la tiranía de algunas vanguardias memas y abrir los caminos nuevos del siglo XXI. Sabe que ninguna rosa seca resucitó entre las páginas de un libro, pero ha querido dejar su testimonio de muerto embalsamado, sepultado después en un estante.

Porque Nieva es la palabra sin cicatrizar.